

# DISCÍPULOS/AS MISIONEROS/AS SEGÚN APARECIDA

## INTRODUCCIÓN

- Agradezco por la invitación a compartir con Uds. algunas reflexiones sobre la riquísima propuesta-desafío que nos hace Aparecida de constituirnos, los cristianos de América Latina, en “Discípulos - Misioneros”, con la fuerza insindible entre ambas dimensiones, señalada por el Papa Benedicto XVI.
- El acontecimiento de nuestros obispos reunidos en Aparecida se constituye como un signo de la presencia del Espíritu Santo y el Documento que recoge sus reflexiones es una nueva versión de *“lo que el Espíritu dice a las Iglesias”* (Ap 3,22). Allí somos desafiados, todos los que nos decimos cristianos, a constituirnos en “DISCÍPULOS Y MISIONEROS DE JESUCRISTO para que nuestros pueblos, en él, tengan vida”.<sup>1</sup>
- Para comprender lo que significa ser “discípulos/as y misioneros/as de Jesucristo” es indispensable sumergirnos en el evangelio, a fin de descubrir la novedad palpitante del discipulado, y así trasladarlo a nuestro tiempo y a nuestra misión de educadores cristianos.

## 1. EL DISCIPULADO EN LOS EVANGELIOS

<sup>1</sup> Tema de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Aparecida. Mayo 2007.

El término “discípulo” (en griego *mathetés*<sup>2</sup>) indica a quien se pone voluntariamente bajo la dirección de un maestro (*didaskalos*) y comparte sus ideas: es un aprendiz, un estudiante.

En la versión AT de los Setenta, el término casi no aparece, pues para Israel el único Maestro es Yahvé, en cuyo nombre hablan los profetas. Sin embargo, la relación maestro-discípulo había sido cultivada en los círculos de los sabios (Cf. Prov 2,1) y entre los profetas (Is 8,16). La experiencia de Elías y Eliseo son símbolo de estas escuelas de profetas.

De alguna manera ambas formas de discipulado pervivían en la época de Jesús: los rabinos aparecen con discípulos (*talmidim*), a quienes instruyen en la Escritura y en las tradiciones; se conoce además a los discípulos de los esenios y a los de Juan Bautista que de algún modo continuarían las escuelas proféticas, centradas en la adhesión a un profeta y al mensaje que transmite de parte de Dios. En el mundo griego, de la misma manera, los filósofos estaban rodeados de sus alumnos; dado que éstos a menudo adoptaban las enseñanzas características de sus maestros, la palabra ‘discípulo’ llegó a significar adherente a una concepción particular en religión o filosofía.

Pero el sustantivo “discípulo” tiene su centro de gravedad en el Nuevo Testamento y se refiere a las personas que rodeaban a Jesús.<sup>3</sup> Los evangelios toman este término de los usos lingüísticos del judaísmo helenista, dándole un carácter totalmente nuevo, un sentido diferente a partir de la relación personal con Jesús; ya no es sólo la acepción de estudiante o aprendiz, propio del mundo helénico o rabínico.

Los discípulos de Jesús ya no buscan aprender la Ley o un estilo de ascesis, como los discípulos de los rabinos o del Bautista. Jesús actuaba con una autoridad desconocida hasta entonces y por eso, el hecho de ser discípulo suyo pasó a significar una realidad muy distinta a lo que el término indicaba anteriormente: la relación de fe con Jesús y de identificación con él pasa a ser lo fundamental. Notamos entonces que el “discípulo” del evangelio no corresponde al “alumno” de nuestras escuelas, porque ser alumno es una relación temporal, centrada en el contenido del aprendizaje, una etapa de paso hacia una meta mayor; mientras ser discípulo de Jesús, el único Maestro, exige una relación vital con su persona.

## A. LA LLAMADA

---

<sup>2</sup> “*Mathetés*”. En el NT, el sustantivo *mathetés* aparece 264 veces, pero lo hace exclusivamente en los evangelios y en Hechos (Mateo 72 testimonios, Marcos 46, Lucas 37, Juan 78, Hechos 28). El verbo aparece 04 veces (Mt 13,52; 27,57; 28,19; Hech 14,21). Horst Balz-Gerhard Scheider. *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento. II*. Sígueme, Salamanca, 2002, p. 115.

<sup>3</sup> Cuando llaman a Jesús “Maestro”, *rabbí*, no es en el sentido de maestro-docente o instructor, figura que aparecerá en el rabinismo posterior, sino como un reconocimiento de su sabiduría, autoridad y liderazgo.

“Los discípulos pronto descubren algo del todo original en la relación con Jesús: no fueron ellos los que escogieron a su maestro; fue Cristo quien los eligió”.<sup>4</sup> Esta es la primera característica del discípulo de Jesús: al origen hay una llamada a “*su seguimiento*”. Llamada y seguimiento aparecen en todos los relatos que se refieren a quienes siguen a Jesús.

Algunas veces Jesús se dirige de manera explícita a las personas con el imperativo “*Ven y sígueme*”, como es el caso de los primeros discípulos: Pedro y Andrés, Santiago y Juan (Mc 1,17; Mt 4,19), o el de la llamada de Leví (Mc 2,14). Otras veces, como en la narración que Lucas nos ofrece (Lc 5, 1-11), no hay un llamado formal, sino la conclusión: “*ellos lo dejaron todo y lo siguieron*”. De todos modos la iniciativa siempre es del Señor. Aunque se desconozcan los detalles particulares de la mayoría de vocaciones, todos reconocen que es Jesús quien convoca. Hay un encuentro determinante entre Jesús y los que a partir de entonces serán sus discípulos.

“El “*sígueme*” es la palabra creadora que hace de un hombre un discípulo”.<sup>5</sup> La llamada de Jesús llega autoritativa, como expresión del llamado de Dios: irrumpe en el corazón, en la libertad de la persona, convocándolo a una respuesta de fe que se deberá concretizar en el seguimiento de Jesús.

“Al actuar así, Jesús se sitúa en el lugar que Dios ocupa en los relatos de vocación del Antiguo Testamento... Jesús actúa de la misma manera pidiendo además a los discípulos una adhesión incondicional”.<sup>6</sup>

Los evangelistas, sobre todo Marcos, ponen de relieve la prontitud en responder a ese imperativo: “*Ellos dejaron inmediatamente las redes y lo siguieron... dejando a su padre Zebedeo en la barca con sus trabajadores, se fueron con él*” (Mc 1,18.20). Ese “*inmediatamente*” es invitación a responder con prontitud, a no posponer la opción de apertura confiada al Señor.

Esa llamada o vocación<sup>7</sup> es la primera experiencia del discípulo, en la que puede percibir el amor y la mirada de predilección de Dios, manifestado gratuitamente en esa llamada. “*Él nos amó primero*” (1 Jn 4, 19). Jesús expresa enfáticamente esa primacía de su iniciativa: “*No me eligieron ustedes a mí, fui yo quien los elegí a ustedes*” (Jn 15, 16a). Además, la invitación de Jesús es personal: “*Ven y sígueme*” (Mc 10,21; Mt 16,21; Lc 18,22).

Así vamos notando las diferencias más fuertes entre los discípulos de Jesús y los de los filósofos o del *talmid* rabínico: ellos buscan a un maestro para aprender unas enseñanzas, con el fin de llegar a ser a su vez maestros o rabinos; su

---

<sup>4</sup> V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Doc. Aparecida, 131. Mayo 2007.

<sup>5</sup> Fidel Oñoro. “Poniendo los pasos en las huellas del Maestro. Planteamiento del discipulado en Marcos”. Centro Bíblico del CELAM. Documento no publicado. Diciembre, 2006.

<sup>6</sup> Santiago Guijarro. *Jesús y el comienzo de los evangelios*, p. 91.

<sup>7</sup> “VOCACIÓN. Las escenas de vocación son de las páginas más importantes de la Biblia. La vocación de Moisés en la zarza ardiente (Ex 3), la de Isaías en el templo (Is 6), el diálogo entre Yahvé y el joven Jeremías (Jr 1) ponen en presencia a Dios en su majestad y en su misterio, y al hombre en toda su verdad, en su miedo y en su generosidad, en su poder de resistencia y acogida”. Jacques Guillet, en: Xavier Léon-Dufour. *Vocabulario de Teología Bíblica*. Herder, Barcelona, 1975. p. 962.

relación es provisional. En cambio, la relación con Jesús no es de mera docencia: supone ante todo la iniciativa del Señor y pide una entrega sin reservas y de toda la existencia (Mt 10,37; Lc 9,59-62.14,26; Mc 3,31-35), para toda la vida (Mt 10,24; Jn 11,16). Además no termina nunca, pues Cristo permanece como el único Maestro, frente al cual los suyos son siempre hermanos y discípulos: *“No se dejen llamar “maestro”, porque uno solo es su Maestro y todos ustedes son hermanos” (Mt 23, 8).*

Los evangelistas nos precisan el lugar donde ocurre la llamada: los sinópticos las ubican en el norte de Palestina, precisamente *“junto al lago de Galilea” (Mc 1,16; 2,13; Mt 4,18; Lc 5,1)*. La tradición de Juan indica como marco: *“Ocurrió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando” (Jn 1,28)*. La precisión geográfica, la relativa al trabajo de los vocacionados (*pescadores, cobrador de impuestos*), incluso la circunstancia (*“debajo de la higuera” Jn 1,48*), indican que el discipulado se vive en una situación de vida concreta, no sólo antes de la llamada, sino siempre.

Está también la dimensión de fiesta y celebración, explicitada sobre todo en el caso de Mateo/Leví (Lc 5, 29; Mc 2,14; Mt 9,10): vale la pena celebrar la entrada en el Reino por el seguimiento de Jesús, y celebrarlo con un banquete. Sabiendo la importancia que tienen las comidas de Jesús por su evocación del Reino que anuncia, es interesante que sean también un modo de celebrar la llamada, como signo inicial de ese Reino.

Respecto a esa libre iniciativa de Jesús al llamar a sus discípulos, los evangelios nos muestran claramente su ausencia de prejuicios y el tratamiento igualitario que tiene con todo tipo de personas. A diferencia de los rabinos, Jesús no separa puros e impuros; más que la condición moral previa, le interesa el corazón de la persona y su apertura a la fe y a su palabra; por eso llama en su seguimiento a personas que nunca hubieran podido ser aceptadas en las escuelas rabínicas, como es el caso del publicano Leví (Mc 2,13), de los zelotas (Lc 6,15; Hch 1,13), así como de las mujeres (Lc 8, 2-3; Mc 15,40-41).

Ciertamente ello debió asombrar profundamente -si no escandalizar- a la gente y a los rabinos de su tiempo, mientras para los “pecadores” y para todos los marginados era la gran posibilidad de sentirse dignificados y llamados, también ellos, a la relación con Dios. Además de manifestar su personalidad abierta, de esta manera Jesús está revelándonos algo muy importante acerca de Dios: se trata de un Padre que ama a todos sus hijos sin restricción, pero tiene una invitación especial para los más sufridos (pobres) y marginados (recaudadores, mujeres, etc.).

## **B. ESCUCHAR**

En relación con la llamada hay una actitud previa fundamental: *escuchar*. En el Antiguo Testamento esta escucha es la postura básica del creyente. En Moisés, Israel ha hecho experiencia de un Dios que “*Ha visto la opresión de su pueblo, ha oído el clamor que le arrancan sus opresores, conoce sus angustias y baja para librarlo*” (Ex 43,7). Aquí está la raíz de la fe de Israel: ha contemplado a su Dios que ve el dolor de su pueblo e interviene en su historia para librarlo. Por eso es continuamente invitado a “*escuchar a Yahvé*” (*Sch'má Israel*).

“En esta prevalencia del escuchar se expresa la esencia más profunda de la religión bíblica. Es la religión de la Palabra porque es la religión de la acción, que significa obedecer a la Palabra... El hombre piadoso es el que escucha el mandamiento de Dios y se esfuerza por cumplirlo (Cf. Jer 29,13)”.<sup>8</sup>

En el Nuevo Testamento la acogida al misterio de Dios pasa por la escucha de Jesús. Ahora “la Palabra” salvadora es el mismo Jesús: lo que dice, lo que hace, su actuar, su manera de relacionarse e interpretar la vida, la historia, la Torá; sobre todo su modo de presentar a Dios.

“En el Nuevo Testamento Dios habla por Jesús, por lo cual el mundo del Nuevo Testamento se centra en la palabra de Jesús de manera análoga a como el mundo judío se centra en la Torá. Escuchar está relacionado con conocer los misterios del Reino revelados por Jesús”.<sup>9</sup>

Por eso el “*escuchar*” bíblico no está en relación sólo con la primera llamada, sino que es condición básica y permanente del discípulo: notamos que aparece fuertemente subrayada la función de *oír* (Mc 4,23-24; Mt 11,4; 13,16; Lc 2,20). “Una vez que el discípulo ha respondido a la llamada, y precisamente por ello, debe convertirse en un oyente asiduo de la palabra de Jesús”.<sup>10</sup>

El “*escuchar*” en el evangelio no es sólo tener una percepción auditiva; se trata de abrir el corazón a la Palabra y ponerla en práctica. La escucha no es algo pasivo y estático, sino una actividad interior, un movimiento por el que el creyente se dispone a llevar esa Palabra a su vida, aceptando incluso los cambios y renunciaciones que implique. Escuchar es la forma primera de adoración: reconocer la total soberanía de Dios en la propia vida; por eso es obediencia (*ob-audire*) en la fe. La verdadera escucha sólo se realiza cuando el creyente acepta -obedece- con la fe y la acción, al llamado que lo invita a la conversión y a la santidad. Hch nos presenta una síntesis en la respuesta al primer discurso de Pedro: “*Al oírlo, esas palabras les llegaron al corazón, y le preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué tenemos que hacer, hermanos?*” (Hch 2,37).

“El auténtico discípulo es el que vive a la escucha con un corazón totalmente despojado y clavado en Dios. Ese es el retrato interior del discípulo de Jesús”.<sup>11</sup>

---

<sup>8</sup> Ana María Tepedino. *Las discípulas de Jesús*. Narcea, Ediciones, Madrid, 1994. p. 63.

<sup>9</sup> Isabel M. Fornari Carbonell. *La escucha del huésped. La hospitalidad en el horizonte de la comunicación*. Verbo Divino, Estella, 1995, p.217

<sup>10</sup> Santiago Guijarro. *El discipulado en los evangelios: Escucha de la Palabra y testimonio*. Ponencia no publicada, V Encuentro L.A. de Pastoral Bíblica FEBIC LAC. Panamá, 11-15 Julio 2006.

<sup>11</sup> Fidel Oñoro. *A la escucha del Maestro. Iniciación a la lectura orante de la Biblia*. CELAM; Bogotá, 1998, p. 9

Por eso la escucha mereció ser integrada en la Bienaventuranza básica de Jesús, la más completa: *“Dichosos los que oyen la Palabra de Dios y la guardan”* (Lc 11,27). Es la Bienaventuranza de la Madre del Señor, cuya acción se concentra en conservar cuidadosamente todas sus palabras en su corazón (Lc 2,19). Notemos que Lucas pone como modelo de escucha a una mujer: María de Betania. En un tiempo en que a las mujeres les estaba vedado estudiar la Torá, María osa salir a los ambientes públicos de la casa, para ubicarse también ella como discípula. Jesús defiende ese derecho suyo y la propone como modelo.

A Jesús mismo, Mesías-Servidor, el Enviado que siempre hace referencia a Quien le envía, se le puede aplicar perfectamente la profecía del Siervo que *“cada mañana, temprano, (se deja) despertar el oído para escuchar como los discípulos”* (Is 50, 4b). Por eso su seguidor, más que aspirar a ser “rabino”, se mantendrá siempre como discípulo, a la escucha del Padre y de Jesús-Maestro. Siempre atento y vigilante, abierto a las nuevas llamadas de Dios y a los desafíos que le plantea la realidad, ya que el servicio que implica la misión, le pide esa actitud *“vigilante”*, tan subrayada en los evangelios.<sup>12</sup>

No puedo cerrar esta referencia a la escucha del discípulo sin mencionar la “sordera” que aqueja a nuestro tiempo: la creciente incapacidad de escucharnos unos a otros, a pesar o precisamente porque vivimos en grandes conglomerados urbanos y con equipos de sonido a todo volumen. Por eso ese afinar el oído del corazón no sólo se nos exige para escuchar la palabra Señor, sino que empieza por escuchar el momento histórico que vivimos, particularmente a nuestros hermanos más pobres. Digamos claramente que la escucha del Señor pasa por la escucha de la historia, concretizada en los hermanos.

### **C. SEGUIMIENTO**

---

<sup>12</sup> Cf. Parábola de las vírgenes necias y prudentes Mt 25,1ss; de los talentos Mt 25 14ss; del buen servidor Mt 24,45ss.

El otro término clásico con relación al discipulado es el verbo “*seguir*”; este verbo describe metafóricamente la fidelidad del discípulo a la práctica del mensaje de Jesús. Seguir a Jesús significa mantener la cercanía a él mediante un movimiento subordinado al suyo; es decir, Jesús es quien va delante y los discípulos son seguidores del mismo itinerario. Como adhesión inicial, en los evangelios se expresa en términos de “*acercarse a él*” (Jn 6,35); como adhesión permanente, en cambio, se expresa en términos de “*seguimiento*”.

“El ‘seguimiento’ es el ejercicio concreto del creer, del apoyar completamente la propia existencia en la de Jesús para construir con él un proyecto de vida. La fe, en cuanto ejercicio de la vocación, se realiza en la fidelidad al camino del Maestro. Es en la unión con el Maestro como se vive la conversión. Toda vocación en un camino de conversión: de aprendizaje del nuevo estilo de vida de Jesús, en el que se experimenta el “estar” en el Reino, el ser creado por Dios y convertirse así en “bendición” para los demás”.<sup>13</sup>

En el Antiguo Testamento, versión de los Setenta, el verbo “*seguir*” carece de valor religioso: el guerrero sigue al jefe,<sup>14</sup> la esposa sigue al esposo. En la época rabínica se describe con frecuencia cómo los rabinos preceden a pie o montados en su asno, y el discípulo sigue atrás, a una debida distancia.

En el Nuevo Testamento el término “*seguir*”<sup>15</sup> es usado técnicamente por los evangelistas para indicar a quienes, en el movimiento de Jesús, se han ubicado en la dinámica del discipulado: han recibido la llamada y han entrado en una especial relación con él, aceptándolo como Maestro y guía. De este modo toma distancia del concepto griego y rabínico de discipulado, que lo entiende sólo como un estado de aprendizaje. La expresión es evidentemente muy importante; los primeros cristianos, tomando la imagen rabínica del discípulo que sigue al maestro, le dieron un sentido y perspectiva nuevos: la “*secuela Christi*”. El término *akolouthéo* (seguimiento) designará en adelante la acción del creyente que responde al llamamiento de Jesús, ajustando toda su existencia según los valores y metas propuestos por él. En último término se trata de una vida ubicada en obediencia a la voluntad del Padre, como la de Jesús.

Al respecto es interesante resaltar que, sobre todo Marcos y Lucas, concedan tanta importancia al tema del “*camino*” en sus respectivas obras: Jesús está continuamente en camino y en el camino llama a sus discípulos a seguirlo. Y sabemos que no se trata sólo de un camino geográfico, sino de todo un planteamiento teológico cuya meta final será Jerusalén: pasión, muerte y resurrección.

“Seguimiento, discipulado y “camino” son realmente inseparables en Marcos... Un elemento estructural en Mc es la imagen o motivo del *camino*. Los discípulos son llamados a seguir a Jesús, caminar con él. Recordemos que al cristianismo se le

---

<sup>13</sup> Fidel Oñoro. “Poniendo los pasos en las huellas del Maestro. Planteamiento del discipulado en Marcos”. Centro Bíblico del CELAM. Diciembre, 2006.

<sup>14</sup> Ej. Abimelek, Jue 9, 4.49

<sup>15</sup> El término “seguir” aparece 90 veces, de las cuales 79 en los evangelios; 59 en los sinópticos: 19 veces en Juan, cuatro en Hechos, una en Pablo, seis en Apocalipsis; por tanto se utiliza en los escritos más próximos al mundo rabínico.

designaba como *camino* (Hch 9,2; 19,23; 22,4) y la opción cristiana se describía como un *caminar* (Rom 6,4; 13,3; 14,15; Gal 5,6; Fil 3,17; 1Tes 2,12), hasta llamar a Jesús mismo “*el Camino*” (Jn 14,6). Esta metáfora probablemente tenía como trasfondo la teología del éxodo”.<sup>16</sup>

Para los llamados, el discipulado se concretó en el seguimiento físico: implicaba ante todo asumir el estilo de vida itinerante del Maestro; de ahí en adelante los discípulos acompañarán a Jesús en todo momento, en su incansable peregrinar por las aldeas de Galilea. A diferencia de otras formas de discipulado de la época, seguir a Jesús exigía la convivencia continuada con él, porque los discípulos no solamente tenían que aprender unas enseñanzas, sino que tenían que ser testigos de la vida de Jesús y de su modo de actuar: todo lo que Jesús hace es también enseñanza; en todo ello se estaba concretizando el Reinado de Dios. “*Dichosos sus ojos, porque ven lo que ustedes ven. Porque les digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven, y no lo vieron, y oír lo que ustedes oyen, y no lo oyeron*” (Lc 9, 23-24). Por tanto, la primera tarea de los discípulos es *ver* y *oír* el Reino de Dios en la palabra y el actuar de Jesús.

El seguimiento físico por los caminos y aldeas de Galilea era el signo de un camino interior, por el que el discípulo iba adhiriéndose a Jesús, a su persona y a su mensaje: el Reino por él anunciado y su modo de enfocar la vida y la religión misma. En este nivel debemos ubicar las *exigencias del seguimiento*, que no se pueden interpretar solamente en el aspecto ascético. Es una necesidad: para compartir la misión de Jesús, es necesario compartir su estilo de vida.

“En resumen, en el empleo del vocablo “*discípulo*” y del verbo “*seguir*”, en el NT, es fundamental el sentido de adhesión a la persona de Jesucristo, y con ello de acogida a sus enseñanzas y a su visión de la vida. Es su relación con él, no con sus enseñanzas en sí, la que lo constituye y define como discípulo suyo”.<sup>17</sup>

El Documento de Aparecida subraya con fuerza esta dimensión cristocéntrica del seguimiento:

“No fueron convocados para algo (purificarse, aprender la Ley...), sino para Alguien, elegidos para vincularse íntimamente a su Persona (Cf. Mc 1,17; 2,14)... El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (Cf. Lc 6,40b), correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas”.<sup>18</sup>

De estas exigencias o rupturas, la más importante de todas fue ciertamente la ruptura con la familia. Si consideramos que en Israel el sistema social era básicamente patriarcal y que la familia era el punto de referencia, de identidad

---

<sup>16</sup> Eduardo Arens. *Caminar con Jesús. Reflexiones Bíblicas*. Centro de Estudios y Publicaciones. Lima, 2002. p.34

<sup>17</sup> Eduardo Arens. “La naturaleza del discipulado según los evangelios”. En: Arens-Ascenjo-Díaz Mateos. *El que quiera venir conmigo. Discípulos según los evangelios*. Centro de Estudios y Publicaciones (CEP). Lima, 2006. p. 25.

<sup>18</sup> DA 131.



y de seguridad de las personas, podremos sopesar lo que significó para quienes “*abandonando todo, lo siguieron*”. Pero no se trata solamente de dejar sino de iniciar algo nuevo. Por ello, un aspecto muy importante del aprendizaje vital de los discípulos, es la comunión: los discípulos empezarán con Jesús una nueva familia, un nuevo pueblo y un grupo que deberá ser signo profético y referente de los valores del Reino por él anunciado. Esto no fue nada fácil, pues continuamente estaba al acecho la tentación del poder y de la primacía; por ello los evangelios nos refieren abundantes *logia* de Jesús sobre las exigencias de su nueva comunidad.

¿Cómo vivía Jesús? Los evangelios nos han conservado algunos rasgos del estilo de vida de Jesús y de los suyos, algunos de los cuales provocaban el escándalo y rechazo en sus contemporáneos: el conflicto con la propia familia (Mc 3, 21), su itinerancia sin domicilio fijo (Lc 9, 58 y par.), sus comidas con publicanos y pecadores (Mc 2, 15-17), su trato abierto con toda clase de personas incluidas las mujeres, su actitud no precisamente respetuosa hacia ciertas prácticas, como la observancia del sábado (Mc 2, 23-28) y del ayuno (Mc 2, 18-20), o de ciertas normas de pureza ritual (Mc 7, 1-15). En la enseñanza de Jesús, estas actitudes no son arbitrarias, sino que se trata de imitar el actuar de Dios.<sup>19</sup> No se trata tanto de romper con las estructuras de este mundo, sino de inaugurar un nuevo estilo de vida más acorde con la llegada del Reinado de Dios.

Además de compartir la itinerancia de Jesús para escucharlo y aprender de él, los discípulos deberán asumir las actitudes profundas del Maestro. Por eso se plantea otro nivel de condiciones del seguimiento: renunciar a sí mismo y tomar la propia cruz. Los discípulos aparecen inicialmente prontos a compartir la gloria del Maestro: “*A nosotros, que hemos dejado todo para seguirte, ¿qué nos corresponderá?*” (Mt 19,27); pero deberán aprender que antes deberán compartir sus pruebas y su pasión. Jesús exige el desasimiento total; renuncia a las riquezas, a la familia, a toda seguridad (Cfr. Mt 8,19-22; 10,37; 19,16-22; Lc 9,61). Frente a estas exigencias, no todos respondieron, como es el caso del joven rico (Mt 19,22ss); e incluso se puede decir lo mismo de los que inicialmente siguieron con entusiasmo al Maestro, pero sin comprender sus exigencias profundas.

#### **D. DISCIPULADO Y DIAKONÍA**

---

<sup>19</sup> La *imitatio patris* (imitación del padre), que era el rasgo más característico del comportamiento del hijo en aquella sociedad, es un motivo recurrente en la motivación de las enseñanzas de Jesús a sus discípulos y en la justificación de su comportamiento contracultural. Nota en: Santiago Guijarro. *El discipulado en los evangelios: Escucha de la Palabra y testimonio*. V Encuentro L.A. de Pastoral Bíblica FEBIC LAC. Panamá, 11-15 Julio 2006.

Hay que reconocer que el término “servir” nunca tuvo una connotación positiva en las diversas culturas humanas; ha sido interpretado como servidumbre y esclavitud, suscitando por ello rechazo. Sin embargo, la revelación bíblica aporta un enfoque distinto: Israel se siente honrado de ser el “*Siervo de Yahvé*”,<sup>20</sup> porque ha sido elegido para colaborar en su designio de salvación universal. Más aún: Dios mismo es servidor de su pueblo desde el acto creador.

Para cumplir su proyecto salvador envía al Hijo, Siervo de Dios por excelencia, que manifiesta al Padre por su Palabra y sus signos salvadores, y por su sacrificio expía la negativa de servir, que es el pecado, y une a todos los hombres en el mismo servicio de Dios. La actitud de Jesús en relación con el servicio es subversiva, porque efectúa una mutación radical entre servir y hacerse servir: “*Yo estoy en medio de ustedes como el que sirve*” (Lc 22,27). Y quien lo dice es el “*Señor*”, el “*Kyrios*”, el “*Maestro*”, el que inaugura el Reinado de Dios. La imagen de Jesús, arrodillado delante de sus discípulos para lavarles los pies, es un auténtico icono de un Dios salvador-servidor.

Mt 25,42-44 menciona diversas actividades en el concepto de servir, tales como dar de comer y de vestir, alojar, visitar a los enfermos y a los presos, mostrando que ese concepto designa la concretización del amor cristiano al prójimo. Encontramos la misma síntesis en la parábola del samaritano solidario (Lc 11, 25 ss), en la que los gestos concretos de servicio están respondiendo no sólo a la pregunta: “*¿Quién es mi prójimo?*” (Lc 11,29), sino a la anterior: “*¿Qué debo hacer para obtener la vida eterna?*” (Lc 11, 25). De esta manera Jesús pone en evidencia que en esto consiste la verdadera pertenencia al círculo de sus discípulos, pues lo mismo que hagan a los pequeños, se lo hacen a él. El servicio a los pequeños es el camino para participar en la obra de Jesús.

Sin embargo, el “*servicio*” evangélico no es sólo cuestión de hacer cosas por los demás, sino un proceso de identificación profunda con Jesús-Servidor del Padre y de los hermanos. Es una exigencia imperiosa que no sólo conlleva las prácticas de ayuda al prójimo, sino que surge del núcleo mismo del misterio de Cristo: el don de la propia vida. Jesús es el “*que sirvió y dio la vida en rescate por muchos*” (Mt 20,28; Mc 10,45). El don de la vida es la esencia del servir, del existir para los otros. Por ello Juan extrae la consecuencia: “*Nosotros también debemos dar la vida por los hermanos*” (1Jn 3,16).

“El de Jesús es un camino que se puede recorrer hasta el final sólo si se “*carga con su cruz*”, es decir, si se está dispuesto a dejarlo todo y asumir las consecuencias adversas que puede traer el ponerse a “*seguir*” a Jesucristo... El Jesús que camina, llama y muere, es un “*servidor*” de Dios que se desvive por los hombres acogiendo, curando, exorcizando, perdonando hasta dar su vida por ellos. La suya es una proexistencia. Este es el camino que debe seguir quien quiera ser discípulo de Jesucristo”.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> “SIERVO DE YAHVÉ. El título de “Siervo de Yahvé” es en la Biblia un título honorífico. Yahvé llama “mi siervo” al que destina a colaborar en su designio”. Charles Augrain-Marc Francoise Lacain, en: Xavier Léon-Dufour. O.c. p. 856

<sup>21</sup> Eduardo Arens. *Caminar con Jesús. Reflexiones Bíblicas*. Centro de Estudios y Publicaciones. Lima, 2002. p. 36.

Los evangelios son unánimes en evidenciar cómo las personas que se abren a la fe en Jesús y son llamadas a seguirlo, se disponen también al servicio: van descubriendo que es una dimensión del discipulado. Sin embargo es preciso notar que el concepto de *diakonía* ha tenido una evolución en la praxis de la Iglesia naciente:<sup>22</sup>

- a. *Suministrar alimentos*. El tema del “servicio a las mesas” (Hch 6).
- b. *El servicio de la caridad en forma de colectas* (Cf. Hch 11,29; 12,25; Rom 15,31; 2Cor 8,4; 9,1.12-13). De este modo el servicio se expresa en solidaridad y *koinonía*, a favor de los pobres no sólo de la propia comunidad sino de todos los que necesiten de ayuda (Hch 11,29; 2Cor 8,3-4; 9,1).
- c. La tarea de la predicación de la Palabra o el servicio del mensaje (2 Tim 4,11; Hch 6,4; 20,24; 21,19; 2Cor 11,8). Muy pronto los *diakonos* empezaron a predicar la Palabra: tal es el caso de Esteban y de Felipe (Hch 6, 8ss; 8).

Por eso se puede afirmar que siempre que el Evangelio habla de “servir”, se trata del “servicio al Reino”, en sus múltiples formas. Es particularmente importante tenerlo presente en relación con las discípulas, ya que su “servicio” ha sido interpretado según los paradigmas sociales atribuidos a las mujeres: se ha pensado que se trataba sólo de preparar los alimentos y otras tareas afines, mientras nunca se interpretó de esa manera el servicio de los discípulos varones. Notamos que ellas entraron prontamente en este aspecto del discipulado de Jesús, en el que los varones hicieron más fatiga.

## **E. DISCIPULADO Y MISIÓN**

---

<sup>22</sup> Cf. Ana María Tepedino. O.c, p. 52-54

Algo fundamental del seguimiento de Jesús es que, desde la llamada inicial, implica una misión y un servicio: este es el sentido de la expresión “*Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres*” (Mc 1, 17; Lc 5,10). Así aquellos pescadores, primeros discípulos suyos, comprenden de qué servicio se trata: deberán atraer a la gente hacia el Reino de Dios, que ya ven amanecer en la persona y en el actuar de Jesús.

La relación personal con el Señor, subrayada anteriormente, no es intimismo, sino la condición para que en el discípulo puedan madurar los valores y grandes intereses del Maestro: la urgencia de anunciar el Reino a toda criatura, para que todos tengan salvación. El tiempo de convivencia con Jesús es planteado como etapa de preparación y de aprendizaje, para poder después colaborar en su misión de anunciar la llegada del Reinado de Dios. Por tanto, “la misión es un elemento constitutivo de la llamada y del discipulado de Jesús”.<sup>23</sup>

Es interesante notar que los *términos* utilizados por Jesús para expresar la misión de sus discípulos, no fueron tomados del lenguaje religioso, sino de los oficios comunes. Los discípulos son llamados para ser *pescadores* (Mc 1,17), *jornaleros* (Mt 9,38) o *pastores* (Mt 9,36); aunque sólo la tercera expresión, la de *pastores*, subsistió en las comunidades posteriores.

Los sinópticos resaltan el número de los “Doce” enviados (*apóstolos*), llamados a ser como un adelanto o profecía del nacimiento de un nuevo Pueblo de Dios. El número “Doce” de los apóstoles, y la relación con el “nuevo pueblo”, plantea la exigencia comunitaria de los seguidores de Jesús: no es casual que se indique el llamamiento de dos parejas de hermanos (Mc 1,16-20 y par.) y que los discípulos sean enviados de dos en dos en el primer ensayo misionero (Mc 6,7 y par). Además es evidente el cuidado con que los evangelistas nos han conservado abundantes enseñanzas de Jesús sobre las relaciones en su comunidad: básicamente actitudes de sencillez y servicio (Mt 18 y par). Pero los Doce no son los únicos que realizan la misión: ya lo hemos notado en los diákonos Esteban y Felipe, así como en mujeres como la samaritana y María Magdalena.

A quiénes se dirigía la misión. Cabe notar que los destinatarios primordiales del envío fueron los pobres y marginados, lo cual dio al movimiento de Jesús un inconfundible carácter inclusivo, que facilitó la apertura a dos grupos muy importantes: los paganos y las mujeres.

Al enviar a sus discípulos, Jesús los hace partícipes de su misión de Mesías-Servidor (Cfr Lc 9,1-2; 10,1ss; Mt 9,37-38; 10, 1; Mc 6,7-12.), y hay que tener bien claro que Jesús no anunció la llegada del Reino de Dios solamente con palabras, sino que toda su vida, su actuar, sus gestos y decisiones son anuncio y parábola del Reino. Por eso para los discípulos es prácticamente inseparable la misión de anunciar la Palabra y aportar los signos salvadores.

“Al llamar a los suyos para que lo sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar el evangelio del Reino a todas las naciones (Cf. Mt 28,19; Lc 24,46-48). Por esto, todo discípulo es misionero, pues Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo

---

<sup>23</sup> Santiago Guijarro. *Jesús y el comienzo de los evangelios*, p. 98.

tiempo que lo vincula a él como amigo y hermano. De esta manera, como él es testigo del misterio del Padre, así los discípulos son testigos de la muerte y resurrección del Señor hasta que él vuelva. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma”.<sup>24</sup>

En la misión, los discípulos deberán referir las palabras de Jesús y reflejar su manera de actuar. Podemos comprender así por qué en el mandato misionero Jesús pide a sus discípulos no sólo que proclamen sus palabras y la novedad de su experiencia de Dios, sino que inicien el Reino a través de esos signos: que hagan percibir a la gente cómo es el mundo cuando acepta el reinado de Dios.

## **F. IDENTIFICACIÓN CON CRISTO E INCOMPRENSIÓN DE LOS DISCÍPULOS**

Los evangelios nos muestran que cuando Jesús empieza a anunciar su pasión y muerte, los discípulos no logran comprender este aspecto fundamental de su identidad mesiánica.

Es muy importante al respecto el texto de Mc 8, 31-38 y paralelos, en el que Jesús, después de pedir una confesión de fe a sus discípulos, empieza a delinear claramente qué tipo de mesianismo encarna, anunciando su pasión, muerte y resurrección. A partir de este anuncio central del misterio de su vida, aclara quién es el discípulo: *“el que quiera venir tras de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”*. Esta deberá ser la característica propia del seguidor de Cristo: identificarse con él y seguirlo hasta la cruz. Después de cada uno de los tres anuncios de la pasión, hay una enseñanza muy importante respecto al discipulado, pero también una reacción de incomprensión de los discípulos:

- Mc 8, 31-38: Pedro es llamado *“Satanás”* porque no quiere aceptar la posibilidad del sufrimiento.
- Mc 9, 30-32. *“Ellos no entendían lo que les quería decir y les daba miedo preguntarle”*.
- Mc 10, 32-34. Santiago y Juan piden los primeros puestos.

En realidad el misterio profundo de la personalidad de Cristo no es percibido inmediatamente por los discípulos; por eso podemos notar un interrogante profundo que recorre el evangelio: *“¿Quién es éste?”* (Mt 9, 27).

Los evangelistas, cada cual a su estilo, nos van presentando el fatigoso camino de fe de los discípulos, que no culmina sino después de la Pascua. Por ello se puede notar, sobre todo en Marcos, algo aparentemente extraño: a pesar de haber seguido a Jesús con evidente entusiasmo, a pesar de amarlo y convivir con él, en verdad los discípulos no lo conocen. Con frecuencia se nos dice que los discípulos *“no entienden”* (Mc 6,52; 7,18.21; 9,32), e incluso que tenían *“la mente embotada”* (Mc 7,18). También la gente de su pueblo se pregunta: *“¿De*

---

<sup>24</sup> V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Aparecida, Mensaje Final*, 144.

*dónde le viene a éste todo esto? ¿Quién le ha dado esa sabiduría y esa capacidad de hacer milagros? Y los tenía desconcertados” (Mc 6, 2-3). Incluso Juan Bautista que lo había anunciado, estando en la cárcel le mandó a preguntar: “¿Eres tú quien debe venir o debemos esperar a otro?” (Mt 11,3; Lc 7,29).*

De hecho, esta incompreensión acerca de la identidad de Jesús permanecerá e incluso se irá acrecentando en la pasión. Sólo después de la Pascua, con la fuerza del Espíritu, estarán en condición de ser testigos del Crucificado-Resucitado. Es que al misterio de Jesús, Mesías Servidor, sólo se llega con la fuerza del Espíritu, en un itinerario de fe.

Se diría que, sobre todo Marcos, en la segunda parte de su evangelio, a partir del primer anuncio de la pasión, presenta a los discípulos “oficiales” entendiéndolo cada vez menos a Jesús, hasta concluir traicionándolo (Mc 14,10-11 y par.), negándolo (Mc 14, 66-72 y par.) y abandonándolo en el inicio de la pasión: “Y abandonándolo, huyeron todos” (Mc 14,50).

Como alternativa, nos ofrece otras figuras de discípulos y discípulas, a veces anónimos, que sí asumen el desafío de seguirlo hasta la cruz. Tal es el caso, por ejemplo, del ciego Bartimeo, de la mujer anónima de la unción y de la viuda generosa y, sobre todo, de las discípulas galileas, que le siguieron hasta la cruz, siendo únicas testigos de su muerte (Mc 15,40-41) y de su sepultura (Mc 15, 47), constituidas primeras testigos de la resurrección (Mc 16, 1-7), especialmente María Magdalena (Jn 20,11-18).

## **G. SER DISCÍPULOS/AS MISIONEROS/AS DE JESÚS, HOY**

Para comprender el alcance del “discipulado”, es imprescindible y decisivo el encuentro significativo entre Jesús y quien lo sigue, que es siempre personal y recíproco. Lo esencial es siempre la persona de Jesús, ya que la identidad del Maestro involucra totalmente la identidad del discípulo. Por eso lo primero es abrirse a él, encontrarse con él, acogerlo en la fe, escuchar su palabra. “El discípulo de Cristo es alguien que ha recibido al Señor lleno de estupor... ha acogido al Hijo de Dios que se ha hecho pequeño y servidor de todos, se ha acercado a su vida y ha entrado en ella”.<sup>25</sup>

Discípulo de Jesús es, entonces, un hombre o una mujer que han tenido la extraordinaria experiencia de encontrarse con Jesús y dejarlo entrar, mediante la fe, en su vida. A pesar de que inicialmente no comprendan la magnitud del misterio del Señor, su existencia en adelante estará marcada por ese encuentro y esa llamada. Son existencias “atadas” a Jesús, marcadas por él.

Tomemos como referente el texto de Mc 3, 14b: “Designó entonces a Doce, a los que llamó apóstoles, **para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar**”, porque tiene los dos movimientos propios del discípulo; algo así como los dos movimientos complementarios del corazón humano. El primero, “para que estuvieran con él”, que expresa la relación personal del discípulo con su Señor, y el segundo “para enviarlos a predicar”, que indica la misión o servicio de Jesús, en el que participará también su seguidor.

La vida de Jesús está por completo dedicada a su misión de anunciar e inaugurar el Reino de Dios, por eso el “estar con él” no es intimismo, sino que implica el envío, que viene a ser como consecuencia de la llamada. La contemplación de su Señor lleva al discípulo a ponerse a servicio del Reino; no como repetidores de una doctrina, sino como testigos de una experiencia: “Ustedes serán mis testigos, porque han estado conmigo desde el principio” (Jn 15, 27).

El Papa Benedicto XVI nos recuerda que:

“El discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (Hch 4,12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro”.<sup>26</sup>

Considero que es preciso trabajar con cuidado ambos movimientos del discipulado: la dimensión mística del encuentro y la relación personal con Jesús, para superar una evangelización y catequesis que se ha detenido demasiado en los niveles dogmáticos, de puros conocimientos, y la dimensión misionera como fruto primero de una Iglesia que ha superado una visión jerárquica en su autocomprensión y que ya no atribuye sólo a los pastores la tarea evangelizadora, sino que va recobrando un talante netamente misionero.

---

<sup>25</sup> Consejo Episcopal Latinoamericano. *Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento de participación*, Bogotá, 2005, N 45, p.42

<sup>26</sup> D A, 146.

Diremos más bien que la misión es el fruto casi natural del discipulado para todos los discípulos de Jesús: laicos, consagrados, sacerdotes, obispos.

Elemento fundamental y rasgo de madurez en el discipulado misionero es la vivencia del mandamiento del amor, con las expresiones de compasión que suscita todas las formas de pobreza y dolor humanos, tristemente persistentes en nuestra sociedad LA.

“En el seguimiento de Jesucristo aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, al estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de la vida”<sup>27</sup>

Si bien es verdad que el discípulo está llamado a seguir a su Maestro hasta la cruz, asumiendo su identidad de Servidor, es verdad también que en la cruz está ya el germen de la Pascua. Ello significa que encontrarse con Jesús significa descubrir la felicidad plena como ser humano, la que procura la práctica de su mensaje (Mt 13,44.46: «tesoro y perla»). Por ello el Doc. Aparecida insiste, como una especie de luminosa línea transversal, en la alegría del discípulo misionero; alegría a ser vivida en los corazones convertidos y pacificados de los discípulos y primer don para comunicar a un mundo temeroso y agobiado:

“La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio. La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo”.<sup>28</sup>

## CONCLUSIONES

---

<sup>27</sup> D A, 139.

<sup>28</sup> D A, 32.



Nosotros, los que en estos primeros decenios del tercer milenio hemos recibido del Señor la misión de animar los caminos de la nueva evangelización de nuestros pueblos, deberemos buscar las estrategias mejores para que “*lo que el Espíritu ha dicho a nuestras Iglesias*” en Aparecida, se vaya haciendo carne en la vida de nuestros pueblos.

En relación a este tema fundamental del discipulado misionero, me permito proponer algunas conclusiones o sugerencias:

- ❑ **UNA IGLESIA CONSCIENTE DE SER LLAMADA.** El discipulado entraña una dinámica que empieza en la llamada de Jesús, lo cual es don de Dios: asunto de gratuidad y de gracia de parte del Señor y también de quien le responde desde la fe y el amor. Es preciso alentar esa actitud de gratuidad, pues parece que nos hemos vuelto excesivamente ‘poseedores’ de doctrinas y seguridades, o de estructuras de poder. Es una gracia y una liberación caer en la cuenta de que nuestra pertenencia a Cristo es obra del Señor y de su Espíritu.
- ❑ **UNA IGLESIA A LA ESCUCHA.** Hay que priorizar la actitud de escucha, como reconocimiento de la primacía de Dios; actitud de adoración y obediencia a su Palabra. Postura contemplativa<sup>29</sup> y mística, que conlleva la disponibilidad a dejarnos conducir por el Espíritu a la experiencia de Dios-Abbá. Ser discípulos y discípulas de Jesús nos impele, además, a abrirnos para ‘escuchar’ y ‘servir’ a nuestros hermanos en las circunstancias históricas de nuestro tiempo.
- ❑ **UNA IGLESIA KERIGMÁTICA.** Es preciso retomar la dimensión kerigmática de gozoso anuncio de Cristo en esta AL, postmoderna e indígena a la vez, tan necesitada de su salvación. Nuestros pueblos son profundamente religiosos, pero no necesariamente están evangelizados. La gente de nuestra generación tiene derecho de encontrarse con el Cristo Viviente, que pueda dar sentido a sus vidas y luchas; para ello necesita, como en el siglo I, una Iglesia evangelizadora y misionera, que privilegie la dimensión kerigmática y cristocéntrica de su misión.
- ❑ **UNA IGLESIA CONTRACULTURAL DESDE LA CRUZ.** Sabemos que no fue fácil para los primeros discípulos asumir la configuración con el Maestro hasta las últimas consecuencias, es decir, hasta la cruz. La cruz de Jesús sigue siendo la enseñanza más difícil. En un tiempo contradictorio como el nuestro, dominado por las tendencias postmodernas, se nos pide no tener temor de ser contraculturales, de asumarnos como minoría, de aceptar la crítica y la persecución.

---

<sup>29</sup> El “Contemplar el rostro de Cristo” al que nos llama Juan Pablo II en NMI 16 ss.

- ❑ **UNA IGLESIA SERVIDORA.** Contemplar largamente a Jesús lavando los pies a los discípulos para redescubrir el servicio cristiano, por amor. La primera encíclica del Papa Benedicto XVI sobre la caridad cristiana es muy significativa y nos invita a asumir actitudes lo más cercanas a Jesús-Siervo. Así podemos soñar con una Iglesia-Samaritana de las crecientes y múltiples pobrezas de nuestro pueblo, empezando por las básicas: alimento, dignidad, cultura, derechos humanos, paz.
- ❑ **UNA IGLESIA SIEMPRE EN CAMINO.** Como los primeros discípulos y discípulas por los caminos de Galilea, la Iglesia de hoy abierta a las novedades del Señor que se expresa en nuestra historia. No está todo hecho y ni todo ya dicho. Dejarse conducir por el Espíritu para ‘escuchar, ver y sentir’ las nuevas esclavitudes, llevando la Palabra liberadora.
- ❑ **UNA IGLESIA PASCUAL.** Son muchos los desafíos y parecieran envolvernos, pero la certeza de que el Señor están en la barca al momento de enviarnos a “remar mar adentro” en nuestros tiempos, es la fuente de nuestra esperanza y de la alegría que impregna el mensaje de nuestros obispos en Aparecida.

Hna. Eleana Salas Cáceres fma  
Octubre 2010